Si quisiéramos encontrar los inicios de Andalucía tal y como la conocemos actualmente tendríamos que remontarnos al siglo XIX. La idea de unificar las provincias del sur de España bajo una misma región administrativa nace en la segunda mitad del siglo XIX, ganando el movimiento andalucista más relevancia durante el reinado de Alfonso XIII y la segunda República Española, y teniendo a Blas Infante como el máximo exponente de dicho movimiento. Durante la etapa de la segunda República se llevó a cabo un intento de constituir Andalucía como una región autónoma. Para ello, se llevó a cabo la Asamblea de Córdoba de 1933 en la que delegaciones de las ocho provincias involucradas (Provincia de Huelva, Provincia de Sevilla, Provincia de Cádiz, Provincia de Córdoba, Provincia de Jaén, Provincia de Málaga, Provincia de [Granada] y Provincia de Almería) se reunieron para debatir la elaboración de un estatuto de autonomía. La asamblea finalizó con la retirada de las delegaciones de Huelva, Jaén, Granada y Almería, y la abstención de la delegación de Málaga.46. El fracaso de la asamblea de Córdoba, unido al estallido de la Guerra civil española y la posterior victoria del bando nacional, llevó a que la idea de constituir Andalucía como una región autónoma quedase temporalmente apartada. No sería hasta el año 1981 cuando tras el referéndum sobre la iniciativa del proceso autonómico de Andalucía de 1980, Andalucía obtendría la autonomía.

Una posición geoestratégica de Andalucía en el extremo meridional de Europa, entre esta y África, entre el Atlántico y el Mediterráneo, así como sus riquezas minerales y agrícolas y su gran extensión superficial de 87 597 km² (mayor que muchos de los países europeos), forman una conjunción de factores que hicieron de Andalucía un foco de atracción de otras civilizaciones ya desde el inicio de la Edad de los Metales.47

Es su situación geográfica como nexo entre África y Europa, la que hace que algunas teorías apunten a que los primeros homínidos europeos, previo paso del Estrecho de Gibraltar, se ubicaron en el territorio andaluz. Las primeras culturas desarrolladas en Andalucía (Los Millares, El Argar y [Tartessos]), tuvieron un claro matiz orientalizante, debido a que pueblos del Mediterráneo oriental se asentaron en las costas andaluzas en busca de minerales y dejaron su influjo civilizador. El proceso de paso de la prehistoria a la historia, conocido como protohistoria, estuvo ligado a la influencia de estos pueblos, principalmente griegos y fenicios, amplio momento histórico en el que se fundó Cádiz, la ciudad más antigua de Europa occidental, seguida en antigüedad por otra ciudad andaluza: Málaga.48

Roma incorpora plenamente a Andalucía con su conquista y romanización, creando la provincia de la Bética, subdivisión de una primitiva provincia que data de conquista romana llamada Hispania Ulterior. Dada su condición de provincia senatorial debido a su altísimo grado de romanización, fue la única provincia de Hispania en ostentar esta condición, tuvo gran importancia económica y política en el Imperio, al que aportó numerosos magistrados y senadores, además de las figuras sobresalientes de los emperadores Trajano y Adriano.

Tras las invasiones germánicas de vándalos y posteriormente de visigodos, se mantiene el papel cultural y político de la Bética y durante los siglos V y VI los terratenientes béticorromanos mantuvieron prácticamente una independencia con respecto a Toledo. En este período destacaron figuras como san Isidoro de Sevilla o san Hermenegildo.

En el 711 tras la Batalla de Guadalete se produce la conquista musulmana de la península ibérica. El territorio andaluz fue el principal centro político de los distintos estados musulmanes de al-Ándalus, siendo Córdoba la capital y uno de los principales centros culturales y económicos del mundo por aquel entonces. Este período de florecimiento culminó con el Califato Omeya de [Córdoba], donde destacaron figuras como Abderramán III o Alhakén II. Ya en el siglo XI se produjo un período de grave crisis que fue aprovechado por los reinos cristianos del norte peninsular para avanzar en sus conquistas y por los distintos imperios norteafricanos que se fueron sucediendo —almorávides y almohades— que ejercieron su influencia en al-Ándalus y también establecieron sus centros de poder en la península en Granada y Sevilla, respectivamente. Entre estos periodos de centralización de poder, su produjo la fragmentación política del territorio peninsular, que quedó dividido en primeros, segundos y terceros reinos de taifas. Entre estos últimos, el Reino nazarí de Granada tuvo un papel histórico y emblemático fundamental.